

NOTICIA DE LIBROS

EDOUARD HERRIOT: *Episodes 1940-1944*. París, Flammarion, 1950.—207 págs.

En el breve prefacio a esta obra, Herriot declara que este libro es un extracto de sus Memorias, destinado a aclarar algunos sucesos que más han apasionado a la opinión pública.

Los episodios que relata hacen referencia a tres momentos decisivos de la Historia de Francia. Lo que pudiera llamarse primera parte, está destinada a dar cuenta de la situación en mayo de 1940, y sobre lo que llama «de drame belge». Una segunda parte —aunque no se denomine así— hace referencia detallada sobre el Armisticio de 1940 y los manejos políticos de Petain y Laval. Y, finalmente, Herriot cuenta su detención y actitud frente a Petain y Laval.

El relato de estos episodios tan trascendentales no constituyen ninguna revelación; son asuntos bastante bien conocidos y sobre los cuales casi todos los personajes que en ellos intervinieron han dado su versión. En este caso, la versión de Herriot es una pieza de importancia histórica por tratarse de un político que entonces desempeñaba los cargos de Presidente de la Cámara de Diputados y Alcalde de Lyon. Su relato es verídico, exacto, y define sin titubeos su actitud. El no comprende una manera de proceder como la de Leopoldo III de Bélgica, que se niega a abandonar el territorio nacional para salvar el Estado. Para Herriot era fundamental que el Gobierno abandonase Francia, con el fin de salvar las Instituciones y la continuidad de un Gobierno legítimo. Así, sus puntos de vista tropiezan con los de Petain y Weygand, a quienes tampoco comprende, porque estos dos militares también se deciden por los métodos de Leopoldo III. De las dos maneras que las naciones invadidas por Alemania adoptaron —la holandesa y la de Leopoldo III—

Herriot era marcadamente partidario de la primera. Por consiguiente, no pierde oportunidad en su ataque a Petain y especialmente en sus ataques a Laval. En definitiva, lo que sucedió en Francia era bastante más complicado para incluirlo en una de las dos posturas ya citadas. Se trataba de que Petain y Laval representaban una política opuesta a la alianza inglesa —especialmente Laval—, y también de una diferencia de ideologías. En la pág. 102 Herriot declara que el Mariscal Petain odiaba a los republicanos. Era, pues, un viraje total con respecto a la política e ideologías de Herriot. No había una cuestión de mayor o menor patriotismo. Todos eran perfectamente patriotas. Pero la presencia alemana en Francia, si perjudicó a todos, y por todos fué igualmente despreciada, sólo hirió con el colaboracionismo y la traición a los de Vichy. Los otros partidos han esgrimido estas armas contra ellos, porque no podían hablar de ideologías. Y sin duda, que aquellas han tenido más eficacia. La complejidad del problema es inmensa, como inmensas son las responsabilidades. La falta de colaboración común ha originado un posible colaboracionismo con el enemigo. Ha sido la división, la duda surgida entre los mismos franceses, la que les creó tan delicada situación. Por lo que dice Herriot (pág. 184) «Comme il arrive si souvent, la guerre étrangère engendre la guerre civile, ce fruit amer du désespoir.» Lo que no dice Herriot es que si una guerra civil estalla con motivo de una guerra extranjera, es porque aquélla estaba latente y ya los ánimos estaban disociados para permitirla y alimentarla.

C. LL. V.

ROBERT ARON: *Le piège où nous a pris l'histoire*. París, Editions Albert Michel, 1950.— 315 págs.

Robert Aron, conocido escritor y director de la Revista *La Nef*, da a conocer en la obra anotada sus recuerdos personales de cosas vistas y vividas durante la pasada guerra. Divide la obra en dos partes; la primera se titula: *Souvenirs des deux zones*, y la segunda: *Joies et deboires d'un dissident*.

En las primeras páginas Aron se apresura a declarar: *ce n'est pas un plaidoyer, tout au plus un témoignage*. Y de esta manera pasa revista, por medio de los personajes conocidos y de anécdotas, a las dos zonas: la de París y la de Vichy. Procura presentar a los políticos conocidos con un breve análisis psicológico. Juzga duramente a Laval (pág. 62), traza un fino estudio sobre Lagardelle y al referirse a Maurras no se olvida Aron de que pertenece a la disidencia. Pero cuando generaliza sobre los diferentes aspectos de la traición, de la traición política, lo hace con imparcialidad y hasta con un cierto sentido humano; en la pág. 60 dice: *«Mais... l'erreux de la trahison, consiste a ne pas percevoir toutes les donnés réelles des problèmes humains qui se posent, quant la patrie elle-même hésite sur son destin.»* Esta duda provoca la aparición en la política de esas dos Francias que existen siempre de un modo latente, esas dos Francias a las que hace referencia Churchill, esas dos Francias que se manifiestan en la Revolución Francesa y a las que ha estudiado tan profundamente Bessand-Massenet, que ha merecido el Premio Gobert. Robert Aron percibe también en su obra la Francia de Vichy y la Francia de la oposición. Pero no tan en oposición que los de Vichy y los de Argel, frente al enemigo común, el extranjero alemán, se olviden de sus oposiciones y fraternicen en ayuda mutua aquellos que practican distin-

tas ideologías políticas. Pero esta fraternidad se da sólo mientras el enemigo ocupa el territorio nacional. Ya conocemos los juicios de París sobre los de Vichy. Y, sin embargo, Robert Aron, tan poco dudoso, dice acerca de los de Vichy: *«Tous les fonctionnaires, les comparses, qui, en restant a leur poste, ont freiné ainsi les exigences allemandes... on reconnaîtra un jour qu'ils ons bien mérité du pays.»*

Esa es la trampa en que la Historia ha cogido a los hombres.

En la obra de Robert Aron se percibe finamente los distintos ambientes que el autor ha vivido, los personajes que ha tratado... Todo ello está dibujado con delicadeza, perfectamente resuelto, veraz. En la segunda parte de la obra, cuando Robert Aron pasa desde Francia a Argel a través de España, hay pequeños resquicios por los cuales escapa un lugar común: no hablar demasiado bien de España. Pero esto son pequeñeces a las cuales nos tienen acostumbrados los escritores extranjeros y que no merecen siquiera que se recurra a otro lugar común: la defensa. Posiblemente, en todo ello no hay más que una razón única: la de que no nos entienden. Y en ese caso la superficialidad de un juicio no merece la explicación de un sentimiento.

La última etapa de la obra: Argel. Y una vez allí, conseguida esta meta en sus peregrinaciones de disidente, Robert Aron cuenta y habla de Giraud, De Gaulle, de sus propias actuaciones. Las ilusiones de una Francia mejor, la ambición de un mundo más perfecto, más justo... Todo recogido en el libro de Aron de un modo impresionista. En él están dibujados *París, Vichy, Argel... trois pièges*.

C. LL. V.

GEORGE M. Mc CUNE: *Korea Today*. Harvard University Press Cambridge, 1950.— 372 págs.

Corea, país sometido durante muchos años al imperialismo japonés, es hoy el campo de batalla donde luchan las fuerzas de las Naciones Unidas contra el comunismo invasor. La Declaración del Cairo manifes-

tando que el país coreano recobraría su independencia en el momento oportuno y hecha por los Jefes de Estado de los Estados Unidos, Reino Unido y China el 1 de diciembre de 1943, fué reafirmada en Post-

dam el 26 de julio de 1945 y suscrita por la Unión Soviética el 8 de agosto del mismo año. Hoy Corea se encuentra dividida por una barrera artificial: el paralelo 38, y dos Gobiernos reclaman la soberanía sobre todo el país, dependiendo ambos de la ayuda exterior. Oficialmente, esta línea artificial fué elegida a fin de separar a las fuerzas japonesas que habrían de rendirse a rusos y americanos. Fué esta una decisión demasiado precipitada, adecuada quizás a un objetivo militar concreto, mas al correr del tiempo dicha línea se ha convertido en dos zonas de ocupación, dos esferas de influencia distintas con dos Gobiernos opuestos y antagonicos que han transformado el país en el teatro de una guerra que amenaza la paz mundial.

Los Estados Unidos, que ahora luchan por liberar el país del comunismo soviético, fueron la primera potencia occidental que acabó con el aislamiento coreano al celebrar en 1882 un Tratado de Amistad y Comercio, en una época en que el país se hallaba sometido a las rivalidades de China y el Japón, y, en una escala menor, a las de Inglaterra y Rusia. Al eliminarse paulatinamente China en 1895, Inglaterra en 1902 y Rusia en 1905, quedaron frente a frente Japón y Estados Unidos. El entonces Pre-

sidente Roosevelt no vió razón alguna para oponerse a la expansión nipona por el Continente asiático, y, de esta suerte, a finales de 1905, el Japón no tenía enemigos en Corea, excepto los propios coreanos, llegando a la anexión pura y simple del país en 1910. Durante los treinta y cinco años de dominación japonesa, el país coreano experimentó profundos cambios; en 1942 constituyó parte integrante del territorio japonés, bajo el control del Ministerio del Interior. Antes del ataque japonés a Pearl Harbour, la posición internacional de Corea estaba perfectamente delimitada: se trataba de una colonia nipona y la legalidad de tal posición no era puesta en duda por ningún Estado. El primer informe sobre Corea data de la Conferencia del Cairo, y desde entonces acá, los avatares del pueblo coreano están en la memoria de todos por ser acontecimientos bien recientes.

El presente libro constituye un estudio completo del país, desde sus orígenes hasta el momento actual, en el que se abordan los temas históricos, políticos y económicos terminando con una selección de documentos relativos al país y a sus relaciones con el exterior.

J. M. L.

EDMUND STEVENS: *This in Russia*. Ed. Didier. New York, 1950.—200 págs.

Trátase de un libro dedicado a estudiar la vida del pueblo ruso en sus más variadas manifestaciones y en sus relaciones con las naciones occidentales. Durante la pasada contienda y en los años subsiguientes a la misma, el tema de la amistad ruso-americana volvió al primer plano de la actualidad, no sólo estadounidense, sino mundial, multiplicándose las obras y artículos dedicados a ensalzar la misma, dando al pueblo americano una idea equivocada del pueblo ruso y de la política seguida por sus dirigentes. Tal amistad data de los primeros tiempos de la República americana, en los que se forja la leyenda del interés de la Rusia zarista por el pueblo americano y sus problemas, palpablemente demostrado en diversas ocasiones, tales como la visita de una flota rusa para impedir cualquier acción inglesa contra las antiguas colonias, la venta de Alaska, etc.

Esta «tradicional amistad», que aun perduraba en los años siguientes a la última guerra, se ha esfumado con los acontecimientos de estos tiempos, que han venido a demostrar las verdaderas intenciones soviéticas y sus apetencias de dominación mundial, y ello ha dado origen a una violenta campaña destinada a poner de manifiesto los fines que los dirigentes del Kremlin persiguen, dispuestos, a toda costa y por la fuerza de las armas, a imponer la ideología comunista. En esta línea podemos situar el presente libro, escrito por un corresponsal de guerra que ha vivido largos años en la Unión Soviética y está perfectamente documentado sobre la materia. Sus juicios son imparciales y objetivos, y nos descubren los distintos aspectos del comunismo y la intrincada estrategia de sus dirigentes encaiminada a la revolución mundial. A través de sus capítulos se estudian temas apasio-

BIBLIOGRAFÍA

nantes de la hora presente, tales como el papel de Stalin y la leyenda tejida en torno al mismo, las rivalidades entre los hombres del Politburó, el problema de la clase campesina, los esfuerzos de los comunistas por conseguir la fabricación en gran escala de la bomba atómica, el problema judío, las depuraciones en masa, la técnica de terror empleada en los procesos, la actitud hacia las potencias occidentales, etc.

Stalin continúa siendo el personaje central de la escena rusa, que maneja a su antojo a los miembros del Politburó, cuyas figuras aparecen perfectamente delineadas. Uno de los capítulos nos da una imagen del llamado Parlamento soviético, considerado por los rusos como la encarnación máxima de las más puras esencias democráticas y en el que sus componentes aprueban

por unanimidad lo que previamente les ha sido ordenado. Otro capítulo aborda el tema de la industrialización del país a través de los sucesivos planes quinquenales y la importancia de Siberia, convertida en centro industrial de primerísima línea. Los problemas relativos a la propaganda soviética, tanto en el interior como en el exterior; las directrices del Partido, ciegamente seguidas por las distintas ramas de la ciencia y el arte; la posición de los diplomáticos y corresponsales extranjeros, etc., son otras tantas materias minuciosamente tratadas. La obra resulta, pues, de amena lectura, y el autor, que ha procurado trazar un cuadro de la vida rusa en la actualidad, ha conseguido plenamente su propósito.

J. M. L.

WALTER DURANTY: *Stalin and C.º The Politburo. The men who run Russia.* William Sloane Associates. New York, 1949.—261 págs.

Trece hombres, capitaneados por Stalin, controlan toda la vasta máquina soviética y dirigen las actividades del comunismo internacional. Estos hombres constituyen el poderoso Politburó, y si queremos penetrar en el secreto de la vida rusa, forzosamente hemos de conocer la personalidad y ambiciones de cada uno de sus miembros y sus fines de dominación mundial. El autor, corresponsal del *New York Times*, en los primeros tiempos del régimen bolchevique, ha pasado una gran parte de su vida en Rusia, habiéndose entrevistado personalmente con la mayoría de los dirigentes del Kremlin, siguiendo sus actividades desde los tiempos de la revolución, de las luchas internas del Partido y de las depuraciones en masa ordenadas por Stalin. El libro *Stalin & C.º* nos relata la historia de estos hombres, individualmente considerados y formando una compacta unidad, el Politburó, mero instrumento de poder en las manos del sagaz Stalin.

Pudieramos, pues, decir que el libro constituye una serie de biografías, interesantísimas todas ellas, a través de las cuales aparecen perfectamente delimitadas las vidas de los gobernantes rusos. Desde Stalin, el discípulo predilecto de Lenin, el hombre rodeado del más impenetrable misterio, due-

ño y señor absoluto de Rusia y rector del comunismo mundial, los retratos que el señor Duranty nos presenta de los diferentes personajes, son realmente maravillosos. Vemos así reflejada la personalidad del mediocre Molotov, el hombre que sustituyera a Litvinov en la dirección de la Política Exterior rusa, dando con ello un nuevo giro a la misma; Andreyev, mantenedor de la conciencia del Partido; el difunto Zhdanov, la personalidad más brillante, salvo Stalin, del Politburó, cuyas actividades dieron lugar a aquella frase del Presidente americano Truman, de que Stalin era tan sólo un prisionero en manos del Politburó; Kosygin, el poderoso financiero; Kaganovich y la industria pesada; Voroshilov, el creador del Ejército Rojo; Mikoyan, una de las más destacadas e interesantes figuras del Politburó, que tiene en sus manos todo lo relacionado con el comercio exterior de la Unión Soviética; Voznesensky, Beria, Malenkov, etc. A través de sus biografías vemos la vida rusa en su plena desnudez.

Al final de tan interesante obra se abordan los temas del Politburó y el Ejército, haciendo una somera historia de la creación de éste último por parte de Voroshilov, hasta llegar al momento actual en que constituye una fuerza de primer orden;

la labor de los comisarios políticos, las conspiraciones contra el régimen soviético y las depuraciones y procesos en masa subsiguientes a las mismas; el Politburó y la Política Exterior, capítulo éste en que se detalla toda la tortuosa línea seguida por los dirigentes rusos en sus relaciones con las naciones occidentales, siempre persi-

guiendo el mismo fin: la dominación mundial por el comunismo.

Termina la obra con dos capítulos dedicados a las relaciones del Politburó con el comunismo internacional y a las actividades presentes y futuras de tan poderoso Organismo.

J. M. L.

ADLOFF THOMPSON: *The left wing in Southeast Asia*. William Sloane Associates. New York, 1949.—298 págs.

El presente libro constituye un estudio objetivo e imparcial, al par que documentado, de las fuerzas políticas que operan con creciente intensidad en los países del sudeste asiático, Indonesia, Birmania, Malasia, Indochina y Tailandia, países que, con la India y el Japón, constituyen el reducto asiático aun libre del yugo ruso y la última esperanza del mundo libre. Los países asiáticos pasan por momentos verdaderamente cruciales de su historia. Han surgido a la vida independiente, tras muchos años de tutela colonial y el determinar si han de moverse en el sentido de la libertad, al estilo occidental, o si han de caer en las garras del comunismo, es cuestión que habrá de estar condicionada por las dos máximas fuerzas allí existentes: el nacionalismo y el marxismo. En el sudeste asiático, dichas fuerzas tienen un carácter completamente opuesto y diferente al del resto del mundo, existiendo entre los mismos países profundas diferencias. Los autores examinan el sudeste asiático, en primer lugar, como una unidad; seguidamente, tratan de las distintas organizaciones políticas existentes en los mismos y de sus dirigentes. El tema de la relación entre las organizaciones socialistas y comunistas con el comunismo internacional, es decir, con la Unión Soviética, la China comunista de Mao-Tse-Tung y los partidos de tendencia radical en la India y en la Europa Occidental, es tratado con todo detalle.

Nadie duda de que en la actualidad internacional el sudeste asiático se presente como un problema sumamente complejo,

cuya solución se hará esperar aun bastante tiempo. Esta zona, tan vital para el futuro del mundo, se halla sometida a constantes presiones de los distintos grupos operantes en la misma y que obedecen a las consignas de las dos potencias máximas: los Estados Unidos y Rusia, cuyos antagonismos forzosamente han de repercutir en este sector. Hay que tener en cuenta que el sudeste asiático carece de la cohesión religiosa de la Liga Árabe y de la unidad cultural de la América Hispana, no pudiéndose, por tanto, esperar, al menos razonablemente, una solución puramente asiática a sus numerosos problemas. Su denominador común lo constituye el hecho de haber estado sometidos todos sus países a la dominación política y económica de las potencias colonialistas, intentando ahora buscar, mediante un adecuado sistema de relaciones internacionales, el modo de favorecer el desarrollo nacional sin tener que hipotecar por ello su independencia.

En el prólogo se estudia la posición internacional del sudeste asiático, como una unidad, y en sucesivos capítulos, se aborda el problema de Indochina, Tailandia, Birmania, Malasia, Indonesia, de la posición de las distintas fuerzas actuantes en los mismos y sus relaciones con el comunismo internacional.

En resumen, una obra llena de interés para el especialista en estas cuestiones del mundo asiático y de lectura grata en todo momento.

J. M. L.

PEDRO VUKOTA: *Formas estatales en los Balcanes*. Madrid, Sociedad de Estudios Internacionales, 1951.—243 págs.

La zona geográfica europea de estructura política más intrincada es, sin duda al-

guna, los Balcanes. Salvo los especialistas, son escasas las personas que, aun poseyen-

do un alto nivel cultural, tienen del mundo balcánico un conocimiento de igual grado del que poseen del resto de Europa. Y no digamos nada del gran público, cuyo saber no suele pasar, en la generalidad de los casos, de la mera localización geográfica. Las razones de esta falta de conocimiento son fáciles de hallar. De un lado, la falta de personalidad internacional de que han adolecido los pueblos balcánicos hasta tiempos relativamente recientes, debido a las sucesivas dominaciones que han padecido a lo largo de la Historia. De otro, la propia complejidad étnica, la diversidad de comunidades nacionales que allí se asientan y, sobre todo, la inconsistencia de cuantas sedimentaciones políticas han tenido lugar en aquella zona. Sin embargo, la importancia política de los Balcanes es un hecho que a nadie se le oculta. En el último medio siglo transcurrido, las numerosas transformaciones que se han operado en los Balcanes han repercutido fuertemente en el equilibrio y estructura europea, para pasar inadvertidas; de ahí que el intento de «dar una verdadera explicación a todo aquello que en sentido político esconden los Balcanes» sea en sí mismo de gran interés.

«La cuestión global de la parte europea que ha sido llamada Balcanes sigue una ruta anacrónica en relación con las demás tierras de Europa.» La larga dominación turca sustrajo el mundo balcánico a la evolución histórica que siguió el mundo occidental. Salvo Croacia, y ésta tan sólo en parte, las demás naciones balcánicas siguieron una línea de evolución histórica radicalmente opuesta a la que por imperativos geopolíticos les era propia. Por eso, al derribarse el Imperio otomano, todo el mundo balcánico se vió forzado a recuperar los siglos perdidos para ponerse al compás de Occidente. En esta precipitada carrera, todavía en curso, la meta más codiciada ha sido el nacionalismo. «Desde el siglo pasado hasta hoy día, el fundamento de toda preocupación no ha sido ni es lo social, lo económico, ni lo cultural, sino lo nacional. La cuestión de la autodeterminación o independencia de las nacionalidades es la razón básica de tantas luchas conjuntas e incomprensibles.»

Con esta imagen previa de la evolución histórica del mundo balcánico, el autor inicia su estudio con un «análisis de todas

aquellas fuerzas y el acontecer político han concentrado sobre el espacio de los Balcanes». A semejante empeño está dedicada la primera parte del libro, en la que se nos muestra, en inteligente y claro esquema, toda la compleja estructura geográfica, étnica, cultural y política de los pueblos del Balcán. Particularmente son interesantes los capítulos dedicados al análisis de los «factores culturales e históricos» y de los «factores políticos», a cuya interacción a lo largo de la Historia se debe la actual y singular fisonomía del fenómeno político balcánico.

En el orden cultural, los Balcanes se encuentran bajo la proyección de dos grandes focos: Roma y Bizancio. Ambos centros culturales se dividieron entre sí sus respectivas zonas de influencia. «La parte occidental de los Balcanes se inclinó hacia Roma, y la oriental se puso bajo la tutela cultural de Constantinopla.» A estos elementos culturales hubo de añadirse, siglos después, los aportados por la dominación turca, que aunque en rigor no fueron de tanto peso como los dejados por el Imperio romano, sí bastaron para introducir un factor de índole religiosa, la religión mahometana, que habría de traer importantes consecuencias sociales y políticas.

En el orden político, los factores determinantes de la evolución balcánica hay que buscarlos en el mundo occidental. Las campañas napoleónicas dejaron a su paso la huella perdurable de las ideas de la Revolución francesa, que al ser incorporadas por los pueblos balcánicos habrían de determinar el ansia de libertad nacional y, consiguientemente, la liquidación del Imperio otomano. El movimiento de la independencia política cobró singular vigor con las doctrinas de las nacionalidades; pero la intervención de las Grandes Potencias europeas: Austria, Rusia, Francia, Inglaterra, Prusia y, más tarde, Italia, habría de entorpecer su normal desarrollo. Finalmente, cuando con la desaparición del Imperio austro-húngaro pudo ser una realidad el que cada nación gozase de su libertad y soberanía completa, un nuevo fenómeno político-europeo, el totalitarismo, habría de frustrar las bellas esperanzas concebidas en la paz de Versalles. La intervención italiana y alemana dió al traste con el equilibrio balcánico, y más tarde, la victoria soviética haría presa de parte de los Balcanes

para incorporarlos en su área de dominación.

La segunda y tercera parte del libro están dedicadas a la «exposición de las formas que cada unidad étnica ha recibido por su territorio nacional». Desde este punto de vista son examinados aquellos Estados cuya formación haya revestido características singulares. «Por eso Yugoslavia, como entidad política con sólo treinta años de vida y sin tradición histórica y unidad étnica, es examinada separadamente a través de las formas estatales de cada personalidad étnica nacional, entre las que componen la parte balcánica y el Estado de Yugoslavia.» De acuerdo con este criterio, el autor despliega ante nuestros ojos, en bien trabado relato, la evolución política de Croacia, Marca Militar, Reino de Iliria,

Dalmacia, Fiume-Rieka, Bosnia, Ragusa, Servia, Montenegro, Bulgaria, Rumelia Oriental, Macedonia, Albania, Grecia y Athos, excluyendo expresamente Rumania, a la que no considera una nación propia y exclusivamente balcánica.

Termina el libro con un capítulo de conclusiones en el que el autor propugna la formación de grandes unidades regionales capaces de incorporarse en la Unión Europea.

En su conjunto, la obra de Vukota constituye un compendio interesante y útil de la historia balcánica. Merece consignarse como mérito marginal la buena prosa castellana del autor, que es de nacionalidad croata.

M. M. M.